

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, diciembre de 1894 ↔ NÚMERO 9

— Con el presente número se enregará el cuaderno 9.º de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL PRÍNCIPE BAHMÁN MONTÓ EN SU CABALLO, Y DESPIDIÓSE DE PERVIZ Y SU HERMANA

SUMARIO

El ave que habla, el árbol que canta y el agua amarilla (continuación).—El caballo blanco (continuación).—Variedades.

EL AVE QUE HABLA, EL ÁRBOL QUE CANTA Y EL AGUA AMARILLA

(Continuación)

—Señora,—contestó la religiosa,—seguramente tendría yo muy mal gusto si censurase nada de cuanto hay en vuestra morada, puesto que todo es magnífico y elegante, revelándose en todos los adornos muy buen juicio. La situación es agradable, y difícilmente se encontraría un jardín más delicioso; pero si me permitís hablaros con toda franqueza, me tomaré la libertad de manifestar que esta casa sería incomparable si tuviese tres cosas que faltan para ello.

—Buena madre,—replicó la princesa,—¿cuáles son? En nombre del Señor, os conjuro á que me lo digáis francamente, pues no omitiré sacrificio alguno para adquirirlas, si es posible.

—Señora,—replicó la devota,—la primera de esas tres cosas es el ave que habla, ave tan singular, que atrae á su alrededor á todas las demás de las cercanías, las cuales acuden para acompañarla. La segunda es el árbol que canta, cuyas hojas son otras tantas bocas, que forman un armonioso concierto de diferentes voces, el cual no cesa nunca. La tercera es el agua amarilla: ésta tiene un hermoso color de oro, y si se vierte una sola gota en una vasija debidamente preparada, aumenta hasta que la llena completamente, elevándose en el centro como una pequeña fuente, que nunca se desborda.

—Ah, buena madre!—exclamó la princesa.—No sabéis cuánto os agradezco que me hayáis dado á conocer estas curiosidades. Son sorprendentes, y jamás había oído decir que hubiese tales maravillas en el mundo; pero como supongo que sabéis dónde podrían encontrarse, os ruego tengáis la bondad de indicármelo.

—Señora,—repuso la buena mujer,—sería muy indigna de la hospitalidad que tan generosamente me habéis dispensado si rehusara satisfacer vuestra curiosidad sobre este punto, y por eso me complazco en poder deciros que esas curiosidades se encuentran todas en el mismo punto, en los confines de este reino, hacia la India. El camino que á dicho lugar conduce comienza delante de vuestra casa, y la persona que haya de hacer el viaje no necesita más que seguir ese camino durante veinte días, con la seguridad de que al siguiente, cualquiera á quien pregunte le dirá dónde se hallan el ave que habla, el árbol que canta y el agua amarilla.

Dicho esto, la religiosa se levantó de su asiento, despidióse, y, saliendo de la casa, prosiguió su camino.

La princesa Periezadeh quedó tan preocupada por lo que su visitante había dicho, que no echó de ver la salida de la religiosa hasta que se le ocurrió pedirle algunos informes más. Parecía que lo dicho por aquella mujer no era razón suficiente para exponerse en un largo viaje, tal vez sin objeto alguno. Sin embargo, no quiso enviar en su busca, y limitóse á recordar cuánto la mujer había indicado. Despues complacióse en reflexionar cuánta sería su satisfacción si pudiese adquirir aquellas maravillosas curiosidades; mas el temor de no conseguirlo y de tropezar con muchas dificultades la inquietó mucho.

Absorta estaba en sus reflexiones, cuando sus hermanos volvieron de la caza, y al entrar en el gran salón no les causó poca sorpresa observar que su hermana, en vez de hallarse alegre y contenta como de costumbre, parecía triste y cabizbaja, como si hubiese recibido algún disgusto.

—Hermana,—dijo el príncipe Bahmán,—¿qué se ha hecho de tu alegría? ¿Estás indispuesta, ó te ha ocurrido alguna desgracia? ¿Hay algo que pueda entristecerte? Dinoslo al punto, para que sepamos qué hemos de hacer y aliviarlo en lo posible. Si alguien te ha ofendido, pagará cara su insolencia.

La princesa permaneció algún tiempo en la misma actitud, sin contestar; pero, al fin, levantó la cabeza para mirar á sus hermanos, y bajó de nuevo la vista, diciendo que nada le sucedía de particular.

—Hermana,—repuso el príncipe Bahmán,—tú nos ocultas la verdad, y seguramente ocurre algo, porque es imposible que observemos en ti semejante cambio sin que haya ningún motivo. Comprenderás que no podremos quedar satisfechos con tu contestación, que parece una evasiva, y, por lo tanto, no guardes secreto, pues sospecharíamos que renuncias á la unión y á la buena inteligencia que entre nosotros ha existido desde nuestra infancia.

La princesa, que no tenía la menor intención de ofender á sus hermanos, no quiso que pensaran mal de ella.

—Al contestar que no me ocurría nada, quería decir nada de importancia para vosotros; mas para mí tiene alguna; y, puesto que me instáis á decirlo, lo haré para que no dudéis de mi cariño y buena amistad. Siempre creí, y vosotros también, que todo era tan completo en esta casa, que no faltaba nada; pero hoy he sabido que carece de tres cosas, muy raras, y que por ellas sería nuestra mansión la más perfecta del mundo. Esas tres cosas son: el ave que habla, el árbol que canta y el agua amarilla.

Y después de manifestar á sus hermanos cuál era la excelencia de aquellas maravillas añadió:

—Una religiosa me ha hecho esta revelación, diciéndome cuál era el sitio donde se hallan esos tres objetos y qué camino se había de tomar. Tal vez imagináis que esas tres cosas son bagatelas y de poca importancia para tenerlo todo completo en esta casa, y que sin esas ra-

rezas, siempre será la casa bastante cómoda y elegante con lo que contiene, no siendo necesario añadir nada. Podréis creer de otro modo; pero yo no puedo menos de manifestaros que estoy persuadida de que nos hacen falta de todo punto esas tres cosas, y creed que no estaré tranquila sin ellas. En su consecuencia, bien apreciéis ó no mis razones, deseo que penséis qué persona sería la más propia para enviarla en busca de las curiosidades que ambiciono.

—Hermana,—replicó el príncipe Bahmán,—nada de lo que á ti se refiera podrá menos de interesarnos; y basta que experimentes el ve hemente deseo de poseer las cosas de que hablas para que nosotros las queramos también. Persuadido estoy de que mi hermano piensa del mismo modo, y, en su consecuencia, debemos emprender esa conquista, pues la importancia y seguridad de la empresa merece bien ese calificativo. Yo me encargaré de eso; pero dime antes cuál es el lugar en que se hallan las tres maravillas y qué camino debo tomar. No quiero diferir el viaje, y mañana mismo me pondré en marcha.

—Hermano,—dijo el príncipe Perviz,—no es propio que tú te absentes, siendo el cabeza de familia, y espero que mi hermana unirá su ruego al mío para que se me permita acometer la empresa. Confío en llevarla á cabo tan bien como tú, y esto será proceder más regularmente. No dudo de lo que dices, hermano,—repuso el príncipe Bahmán,—y creo que obtendrás tanto éxito como yo; pero he resuelto ir; tú te quedarás en casa con nuestra hermana, y sé que no es necesario recomendártela.

El hermano mayor pasó el resto del dia haciendo sus preparativos de viaje, y recibió de la princesa las instrucciones que la religiosa le había dado.

A la mañana siguiente, Bahmán montó en su caballo, abrazó á Perviz y á su hermana y dispúsose á marchar; pero en la última despedida, la princesa recordó una cosa en que no había pensado hasta entonces.

—Hermano,—dijo,—se me había olvidado hablarte de los accidentes que pueden ocurrir á los viajeros. ¡Quién sabe si te volveré á ver más! ¡Vamos! Renuncia á tu viaje, y no se piense más en lo que te he dicho. Prefiero privarme de la posesión del ave que habla, del árbol que canta y del agua amarilla, antes que exponerme al peligro de no volver á verte.

—Hermana,—contestó Bahmán, sonriendo por los temores repentinos de la princesa;—mi resolución estaba ya tomada; pero, aunque no fuese así, ahora me empeñaría en hacer el viaje, y será preciso que me lo permitas. Sin embargo, como no se puede prever lo que sucederá, y sería posible que me ocurriese algún percance, todo cuanto puedo hacer es dejarte este cuchillo.

Al pronunciar estas palabras, Bahmán tomó un cuchillo que llevaba sujetó al cinturón, y presentóselo á la princesa.

—Toma este cuchillo,—dijo,—y moléstate en sacar algunas veces la hoja de su vaina. Mientras la veas limpia como ahora está, será

señal de que vivo; pero si la encuentras manchada de sangre, puedes darme por muerto, y entonces me rezarás una oración.

La princesa no pudo obtener más de su hermano, que se despidió, al fin, por última vez y emprendió la marcha.

Cuando estuvo en el camino, nunca torció á derecha ni á izquierda, sino que siguió la línea recta en dirección á la India. Llegado el vigésimo día, vió en la orilla del camino un viejo de aspecto hediondo, sentado bajo un árbol, á corta distancia de una choza, que, sin duda, era su vivienda.

Sus cejas y el cabello eran blancos como la nieve; un espeso bigote cubría su boca, y la barba le llegaba hasta las rodillas. Las uñas de los pies y de las manos tenían una longitud extremada; una especie de paraguas cubría su cabeza, y su traje se reducía á una misera manta para proteger el cuerpo.

Aquel viejo era un derviche retirado hacia muchos años del mundo, para consagrarse del todo al servicio de Dios, hasta que llegó á ser una especie de anacoreta.

El príncipe Bahmán, que había estado muy atento toda aquella mañana, para ver si encontraba alguien que le diese informes sobre el paraje á donde se dirigía, detuvose cuando se halló cerca del derviche, según las instrucciones que la religiosa dió á la princesa, y, conduciendo su caballo por la brida, adelantóse y saludó al viejo.

—Dios prolongue vuestra vida muchos años, buen padre,—dijo,—y os conceda cuanto necesitéis.

El derviche devolvió el saludo, pero de una manera tan ininteligible que no pudo entender una palabra.

El príncipe Bahmán, observando que esta dificultad se debía al espeso bigote del anciano, y no queriendo ir más lejos sin las instrucciones que necesitaba, sacó unas tijeras del bolsillo, y, después de atar su caballo al tronco de un árbol, dijo al viejo:

—Buen derviche: necesito hablar con vos; pero vuestro bigote me impide comprender lo que decís; y si me lo permitierais os cortaría parte de él, y también vuestras cejas, las cuales os desfiguran tanto, que más bien parecéis un oso que un hombre.

El derviche no rehusó el ofrecimiento; y cuando el príncipe le hubo cortado tanto pelo como juzgó conveniente, pudo observar que el anciano tenía muy buena complexión y que no parecía tan viejo como realmente era.

—Buen derviche,—dijo el príncipe;—si yo tuviera un espejo, os haría ver que parecéis joven aún. Ahora sois un hombre; pero antes habría sido imposible reconoceros como tal.

Las palabras del príncipe Bahmán hicieron sonreír al derviche, que correspondió al cumplido.

—Señor,—repuso,—quienquiera que seáis, os agradezco el buen servicio que me habéis dispensado, y estoy dispuesto á demostraros mi gratitud, haciendo por vos cuanto me sea posible. Sin duda, os apeasteis aquí por alguna

motivo particular; decidme cuál es, y trataré de serviros.

—Buen derviche,—replicó el príncipe,—yo voy en busca del ave que habla, del árbol que canta y del agua amarilla. Sé que esas tres razas no están lejos de aquí; mas no podría decir exactamente en qué lugar se encuentran. Si lo sabéis, os conjuro á decirme qué camino debo tomar, á fin de no andar inútilmente después de tan largo viaje.

Mientras el príncipe hablaba, observó que en las facciones del derviche se producía un cambio. El anciano bajó la vista, tomó una expresión muy grave, y en vez de contestar guardó silencio, lo cual obligó al príncipe á dirigirle de nuevo la palabra.

—Buen padre,—dijo,—supongo que me habéis oído: contestadme si sabéis lo que os pregunto, para que yo no pierda el tiempo y pueda ir al punto á pedir informes á otra parte.

El derviche rompió, al fin, el silencio.

—Señor,—replicó,—conozco el camino de que me habláis; pero la consideración que en mi concepto merecías desde el momento en que os vi, y que se acrecentó por el servicio que me habéis prestado, me hizo vacilar sobre si debería ó no satisfacer vuestro deseo.

—¿Qué puede impediros complacerme?—replicó el príncipe.—¿Qué dificultades se oponen á que accedáis á mi demanda?

—Voy á deciroslo,—contestó el derviche.—El peligro á que vais á exponeros es más grave de lo que podéis suponer. Muchos caballeros, tan valerosos é intrépidos como el que más, pasaron por este camino é hicieronme la misma pregunta que vos, y, á pesar de todos mis esfuerzos para disuadirlos, rogándoles que desistieran, no quisieron creerme. Al fin, cedí á su importunidad, y víme obligado á mostráles el camino. Pues bien: os aseguro que todos ellos perecieron, pues no he visto volver ni á uno solo. En su consecuencia, si apreciáis vuestra vida, seguid mi consejo: no paséis de aquí, y volved á vuestra casa.

El príncipe Bahmán persistió en su resolución.

—No quiero suponer,—repuso,—que vuestro consejo no sea sincero, y estoy agradecido á vuestra buena voluntad; pero, sea cual fuere el peligro, nada bastaría para hacerme cejar en mi propósito. Si alguien me ataca, voy bien armado, y puedo decir que soy tan valeroso como cualquier otro.

—Pero debo advertiros que aquellos que os atacarán son invisibles,—replicó el derviche.

—¿Cómo podríais defenderos contra semejantes enemigos?

—No lo sé,—contestó el príncipe;—pero, de todos modos, todo cuanto me digáis no basta para retraerme de mi propósito, pues creo cumplir con un deber. Puesto que conocéis el camino, os conjuro una vez más á mostrármelo.

Cuando el derviche se persuadió de que no podía disuadir al príncipe, y de que éste había resuelto proseguir su marcha, á pesar de las amistosas observaciones que acababa de hacer-

le, introdujo la mano en un saco que tenía junto á sí, y, sacando de él una taza, presentósela al príncipe.

—Señor,—dijo;—ya que no puedo prevalecer en vuestro ánimo, induciéndoos á seguir mi consejo, tomad esta taza, y, una vez á caballo, arrojadla ante vos, siguiéndola después hasta el pie de la montaña, donde, al fin, se detendrá. Apenas suceda esto, apeaos, dejad vuestra montura con la brida sobre el cuello, y permanecerá en el mismo sitio hasta que volváis. Al trepar por la montaña, veréis á derecha é izquierda muchas grandes piedras negras, oyendo por todas partes una confusión de voces que proferirán palabras injuriosas y amenazadoras para intimidaros é impedir que lleguéis á la cima de la montaña. Nada temáis; pero, sobre todo, tened cuidado de no volver la cabeza para mirar atrás, porque en el mismo instante quedaréis convertido en una piedra negra como las que tendréis á la vista, todas las cuales son varones que fracasaron en su empresa. Si escapáis del peligro, del que solamente os doy una vaga idea, y conseguís llegar á la cima de la montaña, veréis una jaula, y en ésta el ave que buscáis. Preguntadle cuál es el árbol que canta y el agua amarilla, y ella os lo dirá. Nada más tengo que decir: ya sabéis lo que se ha de hacer y no ignoráis el peligro que os amenaza; pero, si sois prudente, seguid mi consejo y no expongáis vuestra vida. Considerad una vez más, mientras aún es tiempo, que las dificultades rayan en lo insuperable.

—Os agradezco vuestro buen servicio y la simpatía que me manifestáis,—repuso el príncipe, después de haber recibido la taza;—pero yo no desistiré. Sin embargo, estoy dispuesto á obedeceros en lo de no volver la cabeza para mirar atrás al trepar por la montaña, y espero volver á veros pronto para daros gracias cuando haya obtenido lo que busco.

Pronunciadas estas palabras, á las que el derviche contestó solamente que le complacería mucho ver otra vez al viajero, el príncipe montó sobre su caballo, despidióse del derviche, saludándole con respeto, y arrojó la taza ante sí. Ésta rodó á lo lejos de continuo, con tanta velocidad como la que le imprimió el príncipe al arrojarla, y esto obligó al jinete á poner su caballo al galope, á fin de no perderla de vista. Cuando llegó al pie de la montaña, detuvose: entonces el príncipe se apeó, echó la brida sobre el cuello del caballo, y después de observar la montaña y de ver las piedras negras comenzó á trepar.

Apenas hubo dado cuatro ó seis pasos, oyó las voces de que le hablara el derviche, aunque sin ver á nadie. Algunas decían: «—¿Dónde va ese tonto?» «—¿Qué busca por aquí?» «—¡No lo dejéis pasar!» Y otras contestaban: «—¡Detenedle! ¡Cogedle! ¡Matadle!» Algunas, más lejanas, gritaban con acento de cólera: «—¡Infame! ¡Ladrón! ¡Asesino! ¡No saldrás con vida de aquí!» Pero entre ellas, una exclamó con acento lastimero: «—¡No! ¡No le hagáis daño! ¡Dejad pasar al apuesto caballero! ¡La jaula y el ave se guardan para él!»



Bahmán vió un viejo de aspecto hediondo...

A pesar de estas temibles y amenazadoras voces, el príncipe siguió trepando con valor y resolución durante algún tiempo; pero los gritos redoblaban con tal fuerza y tan próximos á él, así por delante como por detrás, que, al fin, le sobrecogió el temor; las piernas le flaquearon, tropezó, y, viendo que le faltaba la

fuerza, olvidó el consejo del derviche y volvióse, como para bajar de la montaña; mas en el mismo instante quedó convertido en una piedra negra: metamorfosis que habían sufrido otros muchos antes que él. El caballo se transformó en una piedra también.

Desde la marcha del príncipe Bahmán, la

princesa Periezadeh llevaba siempre en su cinturón el cuchillo de su hermano, y desenvainábale varias veces al día para saber si su hermano estaba vivo. Así, tuvo el consuelo de saber que seguía en perfecta salud y de hablar de él a menudo con el príncipe Perviz, quien a veces pedía noticias sobre este punto.

El día fatal en que el príncipe Bahmán quedó transformado en piedra, el príncipe Perviz y su hermana hablaban de él por la noche, según costumbre, cuando aquél rogó a la princesa que le mostrase el cuchillo. Esta última desenvainó la hoja y, al ver una mancha de sangre en la punta, sobrecogióle tal terror que arrojó el arma.

—¡Ah, querido hermano! —exclamó. —Yo he sido la causa de tu muerte, y jamás te volveré a ver! ¿Por qué te hablé nunca de las tres maravillas que deseaba, y qué podía importarme que a la religiosa le pareciese mi casa completa ó no? ¡Ojalá que jamás hubiera venido aquí! ¡Engañosa hipócrita! —añadió. —Es así como has pagado la bondad con que fuiste recibida? ¿Por qué me hablaste del ave, del árbol y del agua, cosas imaginarias, sin duda, y que han costado la vida a mi hermano?

El príncipe Perviz se afligió tanto como la princesa por la muerte de su hermano; mas no quiso perder tiempo en hacer inútiles recriminaciones; y como sabía que su hermana deseaba tanto como antes el ave, el árbol y el agua, interrumpióla diciendo:

—Hermana, es inútil que deploremos más tan lamentable pérdida, pues ya no tiene remedio: nuestras lamentaciones no devolverán la vida al hermano querido; tal ha sido la voluntad de Dios, y debemos someternos a sus decretos, si tratara de penetrar sus designios. ¿Por qué has de dudar de la verdad y de lo que esa tonta mujer te dijo? ¿Crees, por ventura, que te habló de tres cosas que no existían, y que las mentó con el objeto de engañarte, cuando tú la habías recibido con tanta bondad, sin haber ninguna razón, por lo tanto, para que te causase ningún daño? Creemos más bien que la muerte de nuestro hermano es debida a algún error de su parte, ó a un accidente cualquiera que no podemos imaginar. Esto no debe, por lo tanto, retraiernos de persistir en nuestro objeto. Yo me ofrecí para emprender el viaje, y ahora me empeño más; lo sucedido no me hará cambiar de resolución, y mañana mismo me pondré en marcha.

La princesa hizo cuanto le fué posible para disuadir al príncipe Perviz, conjurándole a que no la expusiera al peligro de perder sus dos hermanos; pero todas sus observaciones no bastaron para hacerle cambiar de resolución.

Antes de marchar, sin embargo, y a fin de que su hermana pudiera saber si había ocurrido alguna desgracia, dióle un collar de cien perlas, diciéndole que cuando estas últimas no se deslizaran en el hilo y permanecieran fijas, esto sería señal segura de que habría sufrido la misma suerte de su hermano; pero al mismo tiempo manifestóle que confiaba en volver a verla muy pronto.

A los veintiún días de viaje, el príncipe encontró al mismo derviche en el sitio en que le había hallado su hermano Bahmán. Acercóse a él, le saludó y preguntóle si podía decirle dónde estaban el ave, el árbol y el agua amarilla.

El derviche opuso las mismas dificultades é hizo al príncipe iguales observaciones que a su hermano Bahmán, diciéndole que un caballero joven que se asemejaba mucho a él le había hablado poco antes; que, vencido por su importunidad y sus instancias, le mostró el camino, dándole una guía, y añadió que no había vuelto a verle, por lo cual era de creer que hubiese sufrido la suerte de otros aventureros.

—Buen derviche, —contestó el príncipe, —conozco muy a la persona de quien hablás, porque era mi hermano mayor. Estoy seguro de que ha muerto, mas no conozco la causa.

—Pues yo puedo decírosla, —repuso el derviche; —ahora se halla convertido en una piedra negra, como todos los que le precedieron, y sufriréis la misma suerte si no seguís con más puntualidad el consejo que yo le di, a menos de que desistáis de vuestra resolución. Yo me limitaré a rogaros que renunciéis a la empresa.

—Derviche, —replicó al príncipe, —os agradezco en el alma el interés que me manifestáis, aunque soy para vos un extranjero y nada he hecho que merezca vuestra bondad; pero no puedo ni debo renunciar a la empresa, y, de consiguiente, os ruego que me prestéis el mismo servicio que a mi hermano. Tal vez yo tenga mayor suerte, ateniéndome a vuestro consejo.

—Puesto que nada os convence, —dijo el derviche, —si la edad no me lo impidiese y pudiera tenerme en pie, me levantaría para daros una taza que tengo ahí, la cual os mostrará el camino.

Sin dar tiempo al derviche para decir más, el príncipe se apeó, acercóse al viejo, que había sacado una taza de su saco, donde guardaba otras muchas, y dióselas al viajero, con las mismas instrucciones que el príncipe Bahmán había recibido antes. Prevíole que no se intimidase por las voces que oiría sin ver a nadie, por amenazadoras que fueran, y que continuara subiendo hasta ver la jaula y el ave.

El príncipe dió las gracias al derviche, y después de montar a caballo arrojó la taza, picando al mismo tiempo espuelas para seguirle. Cuando aquella llegó al pie de la montaña, quedó inmóvil; el príncipe se apeó, y detúvose un rato para recordar bien las instrucciones del derviche. Despues, estimulándose a sí propio, comenzó a subir por la montaña resueltamente para llegar a la cima; mas apenas hubo recorrido cinco ó seis pasos, oyó una voz, como de una persona que se hallara detrás de él, y le decía con acento de enojo:

—¡Detente, joven loco, que voy a castigarte por tu presunción!

Al oír este insulto olvidando el consejo del derviche, echó mano a la espada, desenvainóla y volvióse para castigar al insolente; mas apenas tuvo tiempo para notar que nadie le se-

guía, pues él y su caballo quedaron convertidos en piedras negras.

Entretanto, la princesa Periezadeh interrogaba al collar de perlas varias veces cada día desde la marcha de su hermano, hasta por la noche. Cuando se acostaba, poníase al cuello, y al despertar por la mañana contaba las perlas otra vez para ver si se deslizaban por el hilo.

El día en que el príncipe Perviz quedó convertido en piedra, la princesa contaba las perlas según costumbre, cuando, de pronto, aquéllas quedaron inmóviles y fijas: señal segura de que su segundo hermano había muerto también.

Como había resuelto ya lo que debía hacer en el caso de que tal sucediese, no perdió tiempo en manifestaciones de pesar, y ocultó las cuantas le fué posible. Disfrazóse de hombre, se armó como si lo fuera, montó en su caballo a la mañana siguiente, y, diciendo a los criados que volvería a los dos ó tres días, tomó el mismo camino que sus hermanos.

La princesa, que sabía montar muy bien y tenía gran práctica en la equitación, soportó las fatigas de tan largo viaje como no hubieran podido hacerlo otras muchas damas; y, recorriendo el mismo camino que sus hermanos, encontró también al derviche, a los veinte días. Cuando estuvo cerca del anciano, se apeó y condujo a su caballo de la brida, y después de saludar al derviche sentóse a su lado.

—Padre mío,—dijo,—permítid que descansé un poco, y decidme si no habéis oído hablar algo sobre la existencia, en estos alrededores, de un ave que habla, de un árbol que canta y de cierta agua amarilla.

—Princesa,—contestó el derviche,—pues tal creír que debes llamaros al juzgar por vuestro aspecto y atendido que por la voz reconozco que sois una mujer disfrazada de hombre, os doy gracias por el cumplido, y os aseguro que vuestra visita me honra. Conozco muy bien el sitio donde se hallan esas cosas, mas no comprendo por qué me lo preguntáis.

—Sabed, buen derviche,—replicó la princesa,—que me han hecho tal descripción de esas rarezas, que hace ya tiempo que no he soñado más que en poseerlas.

—Señora,—repuso el derviche,—se os ha dicho la verdad, pues esas curiosidades son más sorprendentes y maravillosas de lo que pudierais creer; pero no os han dicho, sin duda, con cuántas dificultades se han de luchar para obtenerlas. Si os lo hubieran manifestado, no habrías acometido tan enojosa y arriesgada empresa. Yo os aconsejo no pasar de aquí y a regresar a vuestra casa, sin empeñaros en que yo contribuya a vuestra perdición.

—Buen padre,—replicó la princesa,—acabo de hacer un largo viaje, y sentiría mucho volverme sin llevar a cabo mi designio. Habláis de dificultades y de un peligro de muerte; pero no me decís cuáles son las primeras y en qué consiste el segundo. Esto es lo que yo deseo saber, para que me sea posible reflexionar si puedo fiarme de mi valor y fuerzas para arrostrarlo todo.

El derviche repitió a la princesa lo que había dicho al príncipe Bahmán y a Perviz, exagerando las dificultades para escalar la montaña, dónde podía hacerse dueña del ave, para que ésta le dijese dónde encontraría el árbol que canta y el agua amarilla.

También exageró el rumor y confusión de las terribles voces amenazadoras que oiría por todas partes sin ver a nadie, y habló del considerable número de piedras negras que en aquel paraje encontraría, suficientes para inspirarle pavor por su aspecto. Suplicóle que reflexionase que aquellas piedras eran otros tantos caballeros, metamorfoseados por no haber cumplido con la principal condición de buen éxito en tan peligrosa empresa, que consistía en no volver la cabeza para mirar atrás antes de haber cogido la jaula.

—Por lo que me decís,—replicó la princesa,—comprendo que las dificultades para conseguir el triunfo consisten primeramente en llegar hasta la jaula sin atemorizarse por el rumor de las voces terribles que oiré; y, en segundo lugar, en volver la cabeza. En cuanto a este último, confío ser bastante dueña de mí misma para cumplir la condición; y por lo que hace a la otra, creo que sabré dominarme lo suficiente para conseguirlo, por más que las voces basten para infundir terror al más intrépido. En todas las empresas y peligros, cada cual puede valerse de alguna estratagema, y yo deseo saber si me será lícito apelar a este medio en un caso de tanta importancia.

—Y ¿de qué estratagema os serviríais?—preguntó el derviche

—Me taparía los oídos con algodón,—contestó la princesa,—a fin de que las voces, por fuertes y terribles que sean, no produzcan tanta impresión en mi ánimo, ni sean causa de que yo me perturbe.

—Princesa,—repuso el derviche,—de todas las personas que se dirigieron a mí pidiéndome informes sobre este asunto, no sé de ninguna que se sirviera de semejante medio. Lo único que yo sé es que todos perecieron en la demanda; pero si persistís en vuestro designio, podéis hacer la prueba. Mucha será vuestra fortuna si alcanzáis el triunfo; pero jamás os aconsejaré exponer así vuestra vida.

—Buen anciano,—replicó la princesa,—de ningún modo desistiré, porque estoy segura de que mi precaución tendrá buen resultado, y que yo estoy resuelta a ejecutar mi designio. No necesito más que saber por dónde he de ir, y os ruego que no me neguéis el favor de indicármelo.

El derviche exhortó a la princesa por última vez, suplicándole que reflexionase sobre lo que intentaba; mas, convencido de su resolución, sacó del saco una taza y entregósela.

—Tomad esto,—dijo;—y cuando estéis a caballo, arrojad la bola, la cual deberéis seguir hasta que se detenga al pie de la montaña: apeaos allí, y subid. Ya sabéis lo demás.

Después de haberse despedido del derviche, la princesa montó a caballo, y, arrojando la



El príncipe Bahman arrojó la taza ante si



taza, signiòla hasta que cesó su movimiento al pie de la montaña. Entonces la princesa se tapó los oídos con algodón, y, después de examinar el sendero que conducía á la cumbre, comenzó á subir con paso moderado, pero resueltamente.

Muy pronto oyó voces, y pudo comprender lo útil que era llevar tapados los oídos, pues cuanta mayor era la altura á que se elevaba, más fuertes y numerosas parecían aquéllas, lo cual no produjo en su ánimo mucha impresión. Oyó gritos amenazadores y palabras muy injuriosas y desagradables para una mujer; mas solamente sirvieron para hacerla reír.

—Nada me importa lo que dicen,—pensó para sí;—y aunque profieran palabras más soeces, tampoco haré caso. Me río de esas voces, y, á pesar de ellas, proseguiré mi camino.

La princesa llegó, al fin, á tal elevación, que pudo divisar la jaula y el ave, las cuales comenzaron á gritar también con tono amenazador, como para espantar á la viajera.

—¡Retírate, tonto,—exclamaban,—y no te acerques más!

La princesa, estimulada por la vista de aquel objeto, redobló el paso, y, esforzándose un poco, ganó la cima de la montaña, donde el terreno era llano. Después, corriendo hacia la jaula, puso su mano sobre ella.

—¡Ave que hablas,—exclamó;—ahora eres mía y no te escaparás.

Mientras la princesa retiraba el algodón de sus oídos, el ave le dijo:

—Heroica princesa: no te enojes por haber unido mis gritos con los de aquellos que se esfuerzan para conservar mi libertad. Aunque encerrada en jaula, estaba contenta con mi condición; pero si he de ser esclava, prefiero serlo tuya y no de otra persona, puesto que me has obtenido tan valerosamente. Desde este instante te juro inviolable fidelidad y entera sumisión á todas tus órdenes. Yo sé quién eres, y tú no; pero tiempo llegará en que te prestaré un gran servicio, al que, seguramente, quedarás muy agradecida. En prueba de mi sinceridad, dime qué deseas y te obedeceré.

La alegría de la princesa no tenía límites, porque la conquista que acababa de hacer le costaba las vidas de sus dos queridos hermanos, dándole más que hacer que cuanto ella podía imaginar, aunque el derviche se lo había advertido.

—Querida ave,—dijo,—era mi intención decirte que deseo muchas cosas, todas ellas de importancia; pero me alegro de que me hayas demostrado antes tu buena voluntad. Me han dicho que no lejos de aquí hay un agua amarilla, cuya propiedad es maravillosa, y antes de todo te preguntaré dónde se encuentra.

(Se continuará)

VARIEDADES

EL HIJO DEL VERDUGO DEIBLER

M. Deibler tiene un hijo, único, y ése es su primer ayudante.

Anatole Deibler acompaña á su padre á todas partes, y no le deja un instante solo, desde que empezaron las amenazas de los anarquistas contra el ejecutor de la justicia.

Hé ahí la razón por qué solicitó y por qué desempeña la plaza de primer ayudante, aspirando á reemplazar á su padre en un breve plazo.

Pero es el caso que el joven Deibler es soldado reservista de la clase de 1883, y éste es el momento en que van á ser llamados los mozos de este año para *hacer sus veintiocho años*.

Si la llamada de Deibler hubiese coincidido con aquello de la ejecución de Caserio, hubiera tenido que aplazarse ésta, ó bien la superioridad dictar una solución contra la ley, lo que hubiera ocasionado complicaciones.

No es M. Deibler el primer verdugo que tiene de ayudante á su hijo.

M. Roch, su antecesor, se hacía también ayudar por M. Roch (*fils*), que prefirió seguir las huellas de su padre á ganar cuatro pesetas de oficial de sombrerero.